

EL ÁGUILA.

Á SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

En lo alto de un crestón,—pétreo capullo,—
el águila caudal tiene su nido,
salvaje, como el alma del orgullo;
aislado, como el alma del olvido.

Ahí en su soledad oye el murmullo
hastiado del Océano dormido,
y ansiosa de pelea, un reto suyo
estalla y va alejándose perdido....

Ni un eco la responde. El oleaje,
ahoga una secreta carcajada
que eriza la altivez de su plumaje.
Y entonces contemplando el mar desierto,
humilla la cabeza empenachada:
¿á quién podrá batir si todo ha muerto?....

EN OTOÑO.

Á JOSÉ JUAN TABLADA.

Derrama limpio llanto la lluvia en los maiza les
que yerguen sus panojas do cuelgan bucles de oro,
y el viento canturreando por bosques de nopales,
enerva con su estudio magnífico y sonoro.

(les
La bruma gris y apática tendiendo va sus bria-
virgíneos en los llanos, que ostentan un tesoro
de erguidas amapolas, do ensayan recitales,
el tierno abejaruco y el pájaro canoro.

Las ranas bullangueras aturden con sus ruines
resposos; y los grillos, saltando entre el zacate,
afinan el agudo bordón de sus violines.

Y mientras da la lluvia su solo sempiterno,
un gallo arrogantísimo, de pié sobre un arriate,
anuncia la temida llegada del Invierno.

ACUARELA CREPUSCULAR.

Á CIRO B. CEBALLOS.

En el vivo cinabrio que purpura
la mortaja triunfal del horizonte,
aparecen cual cruces de amargura
las cardenchas fantásticas del monte.

Entreabiertos los brazos con ternura,
dan albergue á los nidos del "zinzonte,"
y su aroma selvático satura
la obsidiana de un ídolo bifronte.

Una trunca pirámide ruinosa,
donde mírase al águila tristeando,
es la tumba de una época gloriosa.

Y parece que un rey azteca, muerto,
con sus cacles de oro va paseando
por las rudas cardenchas del desierto.

SIESTA.

Á la lírica sombra de un encino de oro,
perla un pájaro agreste cien y cien sonetines,
y se embriaga con ellos, sabedor del tesoro
que dará desazones á los pájaros ruines.

(ro,
Mientras lanza en los aires su deliquio sono-
(nes,
yo me arrullo al concierto de inocentes jazmi-
y aspirando su aroma celestial, rememoro,
el perfume que expanden tus negrísimas crines.

(to
Todo me habla de amores en un rústico can-
que promete más besos de tus labios carmines,
esos besos de sangre que me matan y adoro.

(tanto,
En tí, mi alma delira. Fulge el sol. Y entre
perla el pájaro agreste cien y cien sonetines
á la lírica sombra del encino de oro!

ADIÓS.

¡Adiós, bendito campo! ¡Adiós, mi aldea
natal donde habité con alegría
cual pájaro feliz que se recrea,
oyendo su inocente melodía.

Ya nunca volverá tu luz febea
á dar amor y fe al alma mía:
soy hoja triste y muda que pasea
en alas de los vientos su agonía!

Me voy á la ciudad. Algo terrible
auguro que me espera . . . Si allá muero
en busca del laurel de lo imposible,
que lleven mis despojos á tí, quiero
dormir eternamente en el olvido,
y nunca recordar que yo he existido!

FIN.